

SER

AHC

2542

CENTRAL
AHC
021-1761
C.1



AHC
021-1761

**ALGUNAS IDEAS RESPECTO A LA CONDICION
DE LA MUJER**

Documento elaborado por: Claudia
Adriasola, María Eugenia Aguirre,
Rosa Bravo, María Isabel Cruzat,
María Soledad Lago, Elena Serrano.

MAYO 1979



ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

ismael valdés vergara 348 of. 102 fono 384265 - santiago - chile



"No se nace mujer, se aprende a ser mujer". (S. de Beauvoir)

Y es verdad ... lo hemos aprendido. Algunas mejor que otras, cada una según sus propias posibilidades y según sus propios sueños, pero al final hemos sido todas buenas alumnas, atentas a nuestra lección, rindiendo en cada oportunidad las pruebas necesarias, bajando y levantando alternativamente la cabeza sobre nuestro libro de tareas. Si ... lo hemos aprendido. Desde la princesa del cuento de hadas que fue solicitada en matrimonio por su príncipe azul, se casó con él, tuvo muchos hijos y vivió feliz para siempre, hasta la mujer que en medio de la miseria sale a la calle a luchar por lo que siente es su derecho a la vida y al trabajo, todas hemos aprendido a cumplir con un plan ya trazado, a insertarnos en estereotipos que son funcionales a otros, a ser cómplices a la vez que víctimas de un orden de cosas establecido en tiempos ancestrales y frente al cual no hemos tenido la posibilidad de optar.

Hemos aprendido muy bien el valor supremo de la belleza, de la juventud, de un cuerpo proporcionado, de un rostro bien maquillado, y de todo aquello que forma parte de la imagen que debemos proyectar frente a otros y otras empeñadas en la misma tarea de ser hermosas. Para lograrlo, y junto con ello la seguridad que tanto ansiamos, hemos aprendido a consumir, y a

DONACION

2542



ser utilizadas para que otros consuman. La publicidad nos bombardea sin tregua, estableciendo como intensamente deseable tener los colores del otoño en la cara, o el olor de las fresas recién cogidas en el cuerpo. Los medios de comunicación nos aseguran la felicidad, el éxito y el amor a través de la más fiel reproducción de nuestros roles tradicionales. Junto con esto hemos aprendido a sentir a las otras mujeres como competidoras permanentes, como una amenaza que se cierne sobre todo aquello que constituye nuestro mundo íntimo. Las sensaciones de envidia y la pequeñez de los sentimientos van estrechamente asociadas a las sábanas que quedaron más blancas gracias a la inteligencia de la consumidora que escogió el detergente perfecto, así como con la secretaria que cae en éxtasis ante la loción que usa el Jefe. Somos proyectadas como objetos que se ponen en movimiento con solo apretar una tecla. No hemos aprendido a ser solidarias con otras mujeres, a comprender que su imagen puede no corresponder a su verdad como persona, ni a identificar sus problemas como iguales o parecidos a los nuestros.

Hemos aprendido que nuestro destino único es amar y ser amadas, que todo lo demás está supeditado a que esta premisa básica se cumpla a la perfección a través del matrimonio. Junto con ello hemos aprendido a esperar todo de esta romántica relación amorosa: cuidado, compañía, sostén económico, satis-

facción sexual, seguridad, estímulo, alegría. No hemos aprendido que esta clase de amor no es siempre antídoto para la soledad, ni la inseguridad, ni la tristeza, ni el estancamiento, ni el desgaste, ni la frigidez. Cuando todo no resulta perfecto, aparece la sensación de fracaso rotundo, la frustración se convierte en compañera permanente, y nos embarcamos en la búsqueda compulsiva de todo aquello que tanto ansiábamos encontrar. La mujer sola queda fuera de lo aceptable, es considerada como un proyecto de persona que solo aspira a completarse. No hemos aprendido que la relación de pareja no es la fuente única de vida ni la respuesta universal a todas las inquietudes y los deseos. No descartamos en absoluto que esta relación sea enriquecedora y plena cuando se asienta sobre una base real, en la que ninguno de los dos aparece frente al otro como la superpersona capaz de colmar las múltiples necesidades del otro.

Hemos aprendido que nuestros cuerpos encierran potencialidades algo misteriosas que no nos corresponde a nosotros mismas explorar, por lo tanto no se deben tocar ni conocer. Hemos aprendido a vivir nuestra sexualidad llena de miedo, de ignorancia y de culpas profundas. Esto conlleva la asunción de un rol pasivo, dependiente y sumiso que se proyecta en todos los planes de la vida. La mujer se encuentra sin fundamentos para una relación sexual estable y duradera, complemento in-

dispensable de una relación de pareja satisfactoria. Como consecuencia, hemos aprendido a aplicar con toda facilidad una doble escala de valores, que limita tanto al hombre como a la mujer en el desarrollo de una sexualidad madura. Para unos se acepta como normal, e incluso recomendable, la búsqueda de satisfacciones diferentes, la agresividad, la iniciativa a tomar, la infidelidad. Como contrapartida aceptamos como deseables la pasividad y la sumisión, la virginidad como un valor absoluto.

Hemos aprendido que la maternidad es la razón fundamental de nuestra existencia, lo único que nos convierte frente a nosotros mismas y frente a los otros seres completos, pero no hemos aprendido a decidir libremente sobre ella. Hemos aprendido a querer a nuestros hijos, pero no como a personas independientes y autónomas, sino como una prolongación nuestra, como si solo existiéramos para el mundo en la medida en que ellos existen, y como si esta situación fuese a durar toda la vida. Hemos aprendido a cuidarlos con amor y dedicación, a luchar por ellos, pero no hemos comprendido la función social que cumple la maternidad, en el sentido de que su educación y su cuidado correspondan también a la sociedad como un todo. Hemos aprendido a usar la maternidad como justificación de lo que hacemos y de lo que no hacemos, y no hemos aprendido a compartir con la pareja ni con el Estado las fun-

ciones que ella supone sin profundos sentimientos de culpa.

Hemos aprendido a temer el cambio, cualquiera que éste sea, ya que se entiende como una amenaza a nuestro mundo bien concebido, al orden inalterable de la familia fuera de la cual no existimos. Hemos aprendido a mantener tradiciones sin hacer cuestión de su validez, a ser el equilibrio que impide que la sociedad busque caminos erróneos porque antes que nada está la seguridad de los nuestros. Por esto hemos sido presa fácil de inmovilistas y demagogos que han contado con nuestra calidad de ciudadanas para materializar sus ambiciones de poder. No hemos aprendido a ser agentes de cambio, a buscar a través de él mejores condiciones de vida para nosotros y para nuestros hijos, a tener la seguridad interna de que la familia estructurada sobre bases reales de equivalencia entre hombre y mujer y sobre la autonomía de cada uno no se desintegrará porque la sociedad avanza, y si se estancará con ella, si la sociedad se estanca.

Y también algunas hemos aprendido a emanciparnos. Trabajamos, leemos, estamos al día en los problemas laborales, podemos conversar, analizar, intelectualizar. Hemos aprendido a no ser las criaturas indefensas a las que había que proteger, hemos asumido parte del pesado fardo patriarcal. Intentamos mantener nuestra independencia y ser personas comunes de poder. No hemos aprendido a ser agentes de cambio, a buscar a través de él mejores condiciones de vida para nosotros y para nuestros hijos, a tener la seguridad interna de

pletas. Sin embargo, oscilamos entre las culpas que nos produce el abandono de casa e hijos a causa de nuestro trabajo, y las culpas que nos produce el abandono de nuestro trabajo a causa de casa e hijos. Esta doble o triple jornada convierte nuestros días en una carrera desenfrenada contra el tiempo que nunca alcanza. No hemos aprendido a superar esa mala conciencia que nos advierte sobre las amenazas de soledad que encierra una camisa sin botones, un refrigerador vacío o una tarse infantil sin revisar. Son éstos los fantasmas que recorren nuestra pseudo emancipación.

Y llegamos así al mundo del trabajo, el que se ha planteado como una de las formas más viables para la participación de la mujer en la sociedad. Existe un acuerdo casi unánime en la necesidad de que la mujer se sume a la fuerza productiva, a esa fuerza que hace marchar un país creando en teoría, si no en la práctica, mejores condiciones de vida para todos. Pero, ¿qué hemos aprendido sobre el trabajo? Hemos aprendido a considerar el trabajo fuera del hogar como subsidiario del que hacemos dentro, solo válido en momentos de crisis, de escasez, de mucho tiempo disponible, de hijos ya grandes. Hemos aprendido a resignarnos ante situaciones que se reconocen como injustas, a que el ingreso percibido no sea suficiente, sino solo complementario, a que este trabajo sea secundario a lo que es nuestro verdadero oficio: el abastecimiento,

la limpieza, la comida, el vestuario, la comodidad, la satisfacción y el apoyo moral de los que viven en nuestra casa. No hemos aprendido el valor de la autonomía que el trabajo encierra, ni el valor de una identidad propia que no es la identidad de madre ni de esposa, sino la de trabajadora por derecho propio, ni la libertad que se conquista con un ingreso que nos permite salir adelante por nuestros propios medios.

El encasillamiento de la mujer en un rol fundamentalmente doméstico, así como del hombre en uno que lo lleva a desarrollarse fuera de la casa, que lo obliga a competir, a tener éxito, a ganar dinero y a triunfar, son, sin embargo, productos históricos y no naturales, y por lo tanto potencialmente cambiables. Pero el lograr ese cambio implica conocer a fondo las bases sobre las cuales se sustenta este encasillamiento, que no son arbitrarias, sino que obedecen a una lógica perfectamente universal y coherente.

La mujer en nuestra sociedad tiene asignada como función la crianza de los niños y la reproducción de la fuerza de trabajo. Se trata, pues, de una tarea indispensable para el funcionamiento de esta sociedad. Pero se da la gran paradoja: se trata de una actividad a cuyo producto no se le adjudica valor económico, pues no se transa en el mercado. En nuestra

sociedad solo tienen valor aquellas cosas que se venden, y el trabajo doméstico constituye una actividad que desarrolla la mujer en forma gratuita. Sin embargo, cuando el mismo trabajo se hace fuera del hogar bajo la forma de servicio doméstico, de restaurant, de hotel o de parvulario, se convierte en trabajo remunerado.

Al no valorarse económicamente el trabajo de la mujer dentro del hogar, el monto del salario que recibe el trabajador no lo incluye, por lo que en el fondo le pagan a una persona por el trabajo de dos. Los trabajadores no podrían cumplir con su trabajo si no tuviesen solucionado el problema de su atención cotidiana y de su reproducción. Tendrían que pagar por los servicios que su mujer le presta, para lo cual su salario tendría que ser mayor. A costa del trabajo de la mujer se pagan salarios más bajos, situación que le impide la participación en actividades que no sean las domésticas.

Pero, ¿qué significa el trabajo de la dueña de casa?

A pesar de que la respuesta pueda parecer casi obvia, es un hecho que éste la convierte en la práctica en esclava de la casa, en un ser agobiado por una tarea ingrata e invisible, aislada, dura, embrutecedora y que no tiene fin. Se mantiene así en un aislamiento que la hace más permeable a la influencia de los medios de comunicación, su única fuente de contacto

con el mundo, que además están controlados por otros que la manipulan en función de sus propios intereses. Por estas razones, desde el punto de vista individual de la mujer, el trabajo fuera del hogar la integraría a la sociedad. Desde el punto de vista de la sociedad, permitiría la utilización completa del potencial femenino actualmente subutilizado. Si la sociedad asumiera la producción masiva de los servicios domésticos, se podría liberar a las dueñas de casa de manera que éstas pudiesen desarrollar actividades más productivas. La subutilización de tanto potencial humano es una aberración en una sociedad donde existe tanto por hacer.

Surge de inmediato otra interrogante: ¿qué posibilidades efectivas tiene la mujer de liberarse del trabajo doméstico y de participar en la construcción de una sociedad mejor? Estas posibilidades estarán determinadas por dos variables que están por cierto estrechamente interrelacionadas: el sistema económico y la mitología imperante sobre la mujer.

En este sistema económico las mujeres de ingresos altos y medios pueden delegar parcialmente las tareas domésticas sin que se les produzca un conflicto de roles demasiado intenso. En los grupos socioeconómicos más desposeídos, la mujer asume el rol de trabajadora como estrategia de supervivencia. Se ve obligada a complementar el ingreso familiar con un trabajo que

le resulta difícil encontrar, y debe aceptar cualquier condición que le sea impuesta. Esto significa entrar en el esquema de la doble jornada de trabajo: el gratuito y el remunerado. Pero aún en estas condiciones su incorporación resulta difícil, ya que actualmente en Chile no se están generando empleos, ni existen tampoco servicios domésticos colectivos cuyo precio sea accesible a la mayoría de las mujeres.

Las perspectivas de incorporación masiva de la mujer al desarrollo a través del trabajo no parecen muy favorables. Solo la implantación de una estrategia de desarrollo que sea capaz de generar mayores oportunidades de empleo para toda la población, que reparta en mejor forma los frutos del desarrollo, y que proporcione la infraestructura social adecuada posibilitaría este tipo de participación. La solución económica es una condición necesaria pero no suficiente para entender y enfrentar la problemática de la mujer, ya que también es necesario un cambio profundo de lo que hemos llamado la mitología.

La mujer es cómplice a la vez que víctima de los valores machistas en los que ha sido socializada. Casi todas comparten y perpetúan los mitos que se le atribuyen como inherentes a su condición, mientras la sociedad se encarga de castigar a aquellas que intentan romper los modelos tradicionales: ¿qué actitud se tiene frente a la mujer soltera o frente a la mujer

separada? ¿qué pasa con la mujer que se destaca por sus capacidades, su independencia y su creatividad? ¿cuál es el costo psicológico que una mujer debe pagar por ser algo más que un bello adorno de su casa que en ocasiones hace algún trabajito extra o de beneficencia? ¿por qué las culpas de la mujer que trabaja a horario completo por estar fuera de la casa? ¿cuántas mujeres capaces y creativas se anulan para no arriesgar la seguridad afectiva de un matrimonio? ¿cuántas mujeres se aturden en un consumo exagerado para escapar a su frustración? Es cierto que hoy en día esto es secundario, pues la gran mayoría de las mujeres no tienen los elementos para captar la magnitud del rol asumido. Están demasiado agobiadas por la preocupación vital de la subsistencia propia y la de sus familias. Sufren una doble discriminación: la que resulta de su situación económica, y la que resulta de ser mujer.

Pensemos que nosotras, las que estamos aquí, la mayoría incorporadas al ejercicio de una profesión remunerada y con posibilidades ciertas de conocer y analizar la realidad a la que hoy se enfrenta la mujer, no podemos permanecer pasivas. Tenemos deberes que cumplir y derechos que exigir.



Tenemos el deber de tomar conciencia de que el problema de la mujer es un problema social y que, por lo tanto, no se podrán superar los problemas inherentes a la discriminación femenina, de cualquier índole que esta sea, en forma individual.

Tenemos el deber de aprender sobre nuestra propia realidad, de formarnos cada una en nuestra especialidad y de poner nuestra capacidad al servicio de aquellas mujeres que no tengan la posibilidad de estudiar.

Tenemos el deber de luchar por la creación de organizaciones, instancias o sistemas de participación que ayuden a la mujer a superar el aislamiento al que está relegada como ciudadana de tercera categoría.

Tenemos el deber de la solidaridad. Solo conquistaremos nuestros derechos en la medida en que veamos en cada mujer una compañera y no una competidora.

Hoy en día, en nuestro país y a la vista de todos, muchos de los derechos conquistados por las luchas de los movimientos feministas y por las luchas de los trabajadores en general se han perdido, o sencillamente no se cumplen:

¿Qué análisis hemos hecho del Decreto-Ley 2.200 que contiene el nuevo Código del Trabajo y que nos deja, en la práctica, sin fuero maternal?

¿Qué pasa con nuestro derecho a ser educadas y capacitadas para mejorar nuestros niveles de vida y participar en la producción?

¿Qué pasa con el derecho a elegir libremente y con la adecuada información el número de hijos que responsablemente queremos tener?

¿Qué pasa con nuestro derecho de igualdad ante la ley?

¿Qué educación sexual están actualmente recibiendo nuestros hijos?

¿Cuántas industrias cumplen en la práctica con las exigencias de salas cunas que garanticen la tranquilidad de la trabajadora?

¿Cuántos niños está Chile exportando hoy día por falta de una adecuada protección a la madre soltera?

¿Cuándo dejarán de aparecer en los diarios avisos de trabajo que discriminan a la mujer casada, o de más de 30 años, o a la que no tiene la llamada "buena presencia"?

¿Cuándo lograremos compartir equitativamente con nuestra pareja y con la sociedad la responsabilidad de la crianza de los hijos?

¿Qué pasa actualmente con los Centros de Madres, que llegaron a agrupar a 500.000 mujeres?

¿Qué pasa con promociones completas de mujeres profesionales que no han encontrado un puesto de trabajo?

¿Qué siente y qué hace la mujer que debe enfrentar la privación de su libertad, o la de sus hijos, o incluso la desaparición de alguno de éstos?

¿Dónde están las mujeres desaparecidas?

"HACEMOS UN LLAMADO A CUMPLIR CON NUESTROS DEBERES DE TOMA DE CONCIENCIA, DE ESTUDIO, DE PARTICIPACION Y DE SOLIDARIDAD. PENSAMOS QUE ES NUESTRA, Y SOLO NUESTRA, LA RESPONSABILIDAD DE EXIGIR QUE SE CUMPLAN LOS DERECHOS DE LA MUJER. SI NOSOTRAS NO LUCHAMOS POR ELLOS, NADIE LUCHARA POR NOSOTROS".

